

LA ESENCIA DEL FENÓMENO HUMANO

Desde la época en que este libro fue compuesto no varió en mí la intuición que intento expresar. En conjunto, continúo viendo al Hombre de la misma manera que cuando escribía estas páginas por primera vez. Y, no obstante, esta visión de fondo no ha quedado, no podía quedar inmóvil. Como consecuencia de la profundización irresistible de la reflexión, de la decantación y ordenación automática de las ideas asociadas, del acceso a hechos nuevos, de la necesidad continua, también, de ser mejor comprendido, algunas formulaciones y articulaciones nuevas se me han aparecido de una manera gradual desde hace ya diez años, y ellas tienden a despejar y a simplificar, a la vez, las líneas maestras de mi antigua redacción.

Es esta esencia no cambiada, pero repensada, del *Fenómeno Humano*, la que creo útil, a la manera de un resumen o conclusión, presentar aquí bajo la forma de tres proposiciones encadenadas, tal como siguen:

1. UN MUNDO QUE SE ENROLLA O LA LEY CÓSMICA DE COMPLEJIDAD-CONSCIENCIA

Últimamente nos hemos familiarizado, de acuerdo con las escuelas astronómicas, con la idea de un Universo que, desde hace varios miles de millones de años (¡solamente!), se iría expansionando en galaxias a partir de una especie de átomo primordial (1). Esta perspectiva del Mundo en estado de explosión se discute todavía; sin embargo, a ningún físico se le ocurriría la idea de refutarla por estar entreverada de filosofía o de finalismo. No es desdeñable el tener este ejemplo ante los ojos para comprender, a la vez, la envergadura los límites y la perfecta legitimidad científica de los puntos de vista que propongo aquí. En efecto, reducida a su meollo Más puro, la sustancia de las largas páginas que preceden, conduce por completo a la afirmación de que, si el Universo se nos aparece desde el punto de vista sidereal como en vías de expansión espacial (de lo Ínfimo a lo Inmenso), de la misma manera, y aun de forma más clara, se presenta ante nosotros, desde el punto de vista físico-químico, como en vías de *enrollamiento*, orgánico sobre sí mismo (del más simple al más extremadamente complicado), y este enrollamiento particular de «complejidad» se halla ligado experimentalmente a un aumento correlativo de interiorización, es decir, de *psyché* o consciencia.

La relación estructural que aquí destacamos entre complejidad y consciencia resulta ser experimentalmente irrefutable y conocida desde siempre dentro del estrecho dominio de nuestro planeta (el único en el cual podemos aún hacer Biología). Lo que confiere originalidad a la posición adoptada en este libro que presento es la de situar en el punto de partida la idea de que esta propiedad particular que poseen las sustancias terrestres de vitalizarse más y más por medio de una complicación progresiva no es más que la expresión local de una deriva tan universal (y sin lugar a dudas, todavía más significativa) como aquellas otras, ya identificadas por la Ciencia, que arrastran a las capas cósmicas no sólo a disponerse explosivamente como una onda, sino también a condensarse corpuscularmente bajo las fuerzas electromagnéticas y de gravedad, o aun a desmaterializarse por radiación, estando estas diversas derivas, de manera muy probable (un día llegaremos a reconocerlo), conjugadas estrictamente entre sí.

Si ello es así, ya se ve que la consciencia, definida experimentalmente como el efecto específico de la complejidad organizada, desborda con mucho el intervalo ridículamente pequeño dentro del cual llegan a poder discernir nuestros ojos.

1) De acuerdo con las teorías del «punto» de Milne, o del «superátomo» de Lemaitre. (N. *del T.*)

Por una parte, en efecto, incluso allí en donde los valores de complejidad muy pequeños o incluso medianos nos la hacen imperceptible (quiero decir a partir y por debajo de las megamoléculas), estamos llevados de manera lógica a conjeturar la existencia rudimentaria en el seno de cualquier corpúsculo (al estado infinitamente pequeño, es decir, infinitamente difuso) de una cierta *psyché*, de la misma manera, exactamente, como el físico admite y aun podría calcular los cambios de masa (completamente inalcanzables por medio de la experiencia directa) que se producen en el caso de movimientos lentos.

Por otra parte, allí precisamente, dentro del seno del Mundo en donde, por causa de circunstancias físicas diversas (temperatura, gravedad), la complejidad no llega a alcanzar aquellos valores de acuerdo con los cuales una radiación de consciencia no podría afectar a nuestros ojos, nos haría pensar que las condiciones, al convertirse en favorables, darían lugar a que el enrollamiento, detenido de manera momentánea, reemprendiera inmediatamente su marcha hacia adelante.

El Universo, observado en la dirección de su eje de Complejidades, digo bien, se halla en su conjunto y en cada uno de sus puntos, en una continua tensión de repliegue orgánico sobre sí mismo, y, por tanto, de interiorización. Lo que equivale a decir que, según la Ciencia, la Vida se halla desde siempre en estado de presión por todas partes, y que allí en donde alcanzó a germinar de manera apreciable, nada pudo impedirle el extremar hasta el máximo aquel proceso del cual ella misma había salido.

Así es, pues, dentro de este medio cósmico activamente convergente, donde hay que situarse, según mi modo de ver, si se quiere hacer resaltar con todo su relieve y explicar de una manera plenamente coherente el Fenómeno Humano.

2. LA PRIMERA APARICIÓN DEL HOMBRE O EL PASO INDIVIDUAL DE LA REFLEXIÓN

El Universo en vías de enrollamiento, considerado en sus zonas prerreflexivas (2), con el objeto de superar la improbabilidad de las ordenaciones que conducen a unidades de tipos cada vez más complejos, progresa paso a paso a fuerza de millares y millares de ensayos. Es este procedimiento de tanteos, combinado con el doble mecanismo de reproducción y de herencia (que permiten almacenar y mejorar aditivamente, sin disminución o incluso con acrecentamiento del número de individuos comprometidos, las combinaciones favorables una vez obtenidas), el que da lugar al extraordinario conjunto de líneas vivientes que forman lo que yo llamé más arriba el «Árbol de la Vida», pero que podría también ser comparado perfectamente a un espectro de dispersión, en el que cada longitud de onda correspondería a un matiz particular de consciencia o instinto.

Observados desde un ángulo determinado, los diversos radios de este abanico psíquico pueden parecer, y de hecho así son considerados todavía por la Ciencia, como equivalentes desde el punto de vista vital; es decir, tantos instintos, tantas soluciones igualmente valederas y no comparables entre sí de un mismo problema. Una segunda originalidad de mi posición en el Fenómeno Humano, después de aquella que consistía en dar a la Vida un valor de función universal de orden cósmico, es la de atribuir, por el contrario, valor de «Umbral» o de cambio de estado a la aparición, dentro de la línea humana, del poder de reflexión. Afirmación ésta de ningún modo gratuita (que se tenga muy en cuenta), ni basada inicialmente en ninguna metafísica del Pensamiento. Por el contrario, opción experimentalmente apoyada sobre el hecho, curiosamente infravalorado, de que, a partir del «paso de la Reflexión», accedemos verdaderamente a una nueva forma de Biología (3), caracterizada entre otras singularidades por las propiedades siguientes:

- 2) A partir de la Reflexión, el juego de las combinaciones «planeadas» o «inventadas» viene a añadirse y hasta cierto punto, a sustituirse al de las combinaciones «halladas» (ver más adelante).
- 3) Exactamente de la misma manera que cambia la Física (por aparición y dominancia de ciertos términos nuevos) cuando de lo mediano se pasa a *lo* Inmenso, o por el contrario, hacia *lo* Extremadamente Pequeño. Se olvida demasiado que *debe existir* y existe una Biología especial de los «infinitamente complejos».

a) Emergencia decisiva en la vida individual de los factores de ordenación internos (invención) por encima de los factores de ordenación externos (utilización de los juegos del azar).

b) Aparición, por igual decisiva, entre otros elementos, de verdaderas fuerzas de acercamiento o de alejamiento (simpatía y antipatía), relevando a las pseudo -atracciones y pseudo-repulsiones de la Pre-vida, o incluso de la Vida inferior, referibles, según parece, unas y otras, a simples reacciones en la curvatura del Espacio-Tiempo y de la Biosfera, respectivamente.

c) Despertar, finalmente, de la conciencia de cada elemento en particular (por causa de su aptitud nueva y revolucionaria de prever el Futuro), de una exigencia de «sobrevida ilimitada». Es decir, paso, en lo que concierne a la Vida, de un estado de irreversibilidad relativa (imposibilidad física para el enrollamiento cósmico de detenerse una vez iniciado) al estado de irreversibilidad absoluta (incompatibilidad dinámica radical de una perspectiva asegurada de Muerte Total con la continuidad de una Evolución hecha reflexiva).

Estas diversas propiedades son las que confieren al grupo zoológico que las posee una superioridad no sólo cuantitativa y numérica, sino funcional y vital, indiscutibles; indiscutibles, digo bien, a condición, no obstante, de que se decida aplicar hasta el fin, sin quebrarla, la ley experimental de Complejidad-Consciencia a la evolución global del grupo entero.

3. EL FENÓMENO SOCIAL O LA ASCENSIÓN HACIA UN PASO COLECTIVO DE LA REFLEXIÓN

Desde el punto de Vista estrictamente descriptivo, el Hombre no representa en su origen más que una de las innumerables nervaturas que constituyen el abanico, a la vez. anatómico y psíquico, de la Vida. Mas, debido a que esa nervatura, o si se prefiere, ese radio, es el único que ha conseguido, gracias a una posición o a una estructura privilegiada, emerger fuera del Instinto en el Pensamiento, se muestra capaz, en el interior de ese campo todavía completamente libre del Mundo, de manifestarse a su vez, de tal forma que llegue a engendrar un espectro de segundo orden: la inmensa variedad de los tipos antropológicos que conocemos. Examinemos este segundo abanico. En virtud de la forma particular de Cosmogénesis que hemos adoptado, en estas páginas, el problema que plantea a nuestra Ciencia nuestra misma existencia es, evidentemente, éste: «¿En qué medida y eventualmente bajo qué forma obedece todavía (o se sustrae) la capa humana a las fuerzas de enrollamiento, cósmico que le han dado origen?»

La respuesta a esta pregunta, vital para nuestra conducta, depende enteramente de la idea que nos hagamos (o, más exactamente, de la idea que debemos hacernos) de la naturaleza del Fenómeno social tal como se despliega en pleno desarrollo a nuestro alrededor.

Por rutina intelectual (y debido también a que nos es positivamente difícil dominar un proceso en cuyo seno nos encontramos inmersos), la auto-organización, siempre ascendente, de la Miríada humana sobre sí misma, sigue considerándose (con excesiva frecuencia) como un proceso jurídico y accidental, que no presenta más que una analogía superficial, «extrínseca», con las construcciones de la Biología. Desde el momento de su aparición, se admite tácitamente, la Humanidad sigue multiplicándose; esto la fuerza naturalmente a buscar acomodaciones cada vez más complicadas para sus miembros. Pero no confundamos estos *modus vivendi* con un auténtico progreso ontológico. Desde hace mucho tiempo, el Hombre no se mueve evolutivamente, si es, que alguna vez se ha movido...

Pues bien, aquí es donde, en cuanto hombre de ciencia, me veo obligado a hacer acto de oposición y también de protesta.

En nosotros, Hombres -sostiene aún una cierta forma de sentido común (4)-, se completa la evolución biológica. Reflejándose sobre sí misma, la Vida se habría hecho inmóvil.

4) El mismo «sentido común», observémoslo, que el que acaba de ser rectificado en tantos puntos, sin apelación posible, por la física.

Pero ¿no habría que decir, por el contrario, que rebota hacia adelante? Observad más bien la forma en que, cuanto más ordena la Humanidad su multitud, más ascienden en ella, *pari passu*, la tensión síquica, la consciencia del Tiempo y del Espacio, el gusto y el poder del Descubrimiento. Creemos que este acontecimiento carece de misterio. Y, sin embargo, ¿cómo no reconocer, en esta asociación reveladora de la Ordenación técnica y de la Centración psíquica, que la gran fuerza de siempre -esa misma fuerza que nos ha hecho- sigue laborando (aun cuando en unas proporciones y a una profundidad todavía no alcanzadas nunca)? ¿Cómo no ver que, tras habernos enrollado individualmente a cada uno de nosotros- a ustedes y a mí-, sobre nosotros mismos, es Siempre el mismo ciclón (pero esta vez a escala social) el que continúa(su marcha por encima de nuestras cabezas, -estrechándonos a todos conjuntamente en un abrazo que tiende a perfeccionarnos a cada uno de nosotros ligándonos orgánicamente a todos los demás a la vez?

«Mediante la socialización humana, cuyo efecto específico es hacer que se repliegue sobre sí mismo todo el haz de las escamas y de las fibras reflexivas de la Tierra, el eje mismo del vórtice cósmico de interiorización prosigue su curso», relevando y prolongando los dos postulados preliminares destacados anteriormente (relativo el uno a la primacía de la Vida en el Universo y a la primacía de la Reflexión en la Vida el otro), ésta es la tercera opción, la más decisiva de todas, que termina por definir y aclarar mi posición científica frente al Fenómeno Humano.

No es éste el lugar apropiado para exponer con detalle con qué facilidad y con qué coherencia explica (o al menos, de acuerdo con determinadas direcciones, permite prever) esta interpretación organicista del hecho social la marcha de la Historia. Advirtamos únicamente que si por encima de la hominización elemental que culmina en cada individuo se desarrolla realmente otra hominización por encima de nosotros, una hominización colectiva esta vez y de la especie, en este caso es muy natural comprobar que, paralelamente a la socialización de la Humanidad, se exaltan sobre la Tierra las mismas tres propiedades psicobiológicas que el paso individual de la Reflexión había despejado inicialmente.

a) Poder de invención, en primer lugar, tan rápidamente intensificado en nuestros días por el apuntalamiento racionalizado de todas las fuerzas de investigación, que desde, ahora resulta ya posible hablar (como decía hace unos momentos) de un rebote humano de la Evolución.

b) Capacidad de atracciones (o de aversiones), seguidamente, que actúan todavía de manera caótica a través del Mundo, pero tan rápidamente ascendentes a nuestro alrededor, que lo económico (dígase lo que se diga) corre el riesgo de significar muy poco el día de mañana frente a lo, ideológico y a lo pasional en la ordenación de la Tierra.

c) Finalmente, y sobre todo, exigencia de irreversible, proveniente de la zona un tanto indecisa de las aspiraciones individuales para afirmarse categóricamente en la consciencia y a través de la Especie. Categóricamente, repito: en el sentido de que si un hombre aislado puede llegar a imaginarse que le es posible físicamente, o incluso moralmente, vislumbrar una completa supresión de sí mismo, frente a una total aniquilación (o incluso simplemente a una insuficiente preservación), reservada al fruto de su obra evolutiva, la Humanidad, por su parte, comienza a darse cuenta en serio de que no le quedaría otra solución que declararse en huelga: el esfuerzo para empujar a la Tierra hacia adelante se hace demasiado pesado y amenaza con durar demasiado tiempo para que continuemos aceptándole si no es porque trabajamos en lo incorruptible.

Reunidos entre sí y con otros muchos, estos diversos indicios me parece constituyen una prueba científica seria de que el grupo zoológico humano (en conformidad con la ley universal de centro-complejidad), lejos de derivar biológicamente, a través de una individualización desencadenada, hacia un estado de granulación creciente, o tal vez de orientarse (por medio de la astronáutica) hacia un sustraerse a la muerte mediante una expansión sideral, o sencillamente de declinar hacia una catástrofe o hacia la senescencia, se dirige en realidad, mediante la ordenación y convergencia planetarias de todas las reflexiones elementales terrestres, hacia un segundo punto crítico de Reflexión, colectivo y superior: un punto más allá del cual (precisamente porque es crítico) no podemos ver nada de manera directa; pero también un punto a través del cual podemos pronosticar (conforme he explicado) el contacto entre el Pensamiento, nacido de la involución sobre sí de la trama de las cosas, y un foco trascendente «Omega», principio a la vez irreversibilizante, motor y colector de esta involución.

Para terminar, ya no me queda más que precisar mi pensamiento en torno a tres cuestiones que suelen plantear dificultades a quienes me leen; concretamente: a), ¿qué lugar se asigna a la libertad (y, por tanto, a la posibilidad de un fracaso del Mundo)?; b), ¿qué valor se concede al Espíritu (con relación a la Materia)?, y c), ¿qué distinción subsiste entre Dios y el Mundo en la teoría del Enrollamiento cósmico?

a) Por lo que se refiere a las probabilidades de éxito de la Cosmogénesis, de la posición aquí adoptada no se sigue en modo alguno, opino yo, que el logro final de la hominización sea necesario, fatal, seguro. Es indudable que las fuerzas «noogénicas» de la compresión, organización e interiorización bajo cuya acción se opera la síntesis biológica de la Reflexión no disminuyen en momento alguno su presión sobre la trama humana; de ahí la posibilidad, ya señalada anteriormente, de prever con certeza -si toda va bien- determinadas direcciones precisas del porvenir (5). Mas, en virtud de su misma naturaleza, no lo olvidemos, la ordenación de los grandes complejos (es decir, de estados cada vez más improbables, aun cuando encadenados entre sí) no se realiza en el Universo (y más especialmente en el caso del Hombre) si no es mediante la combinación de dos métodos: 1), utilización tanteadora de los casos favorables (provocados en su aparición por el juego de los grandes números), y 2), en una segunda fase, invención reflexiva. ¿Qué quiere decir esto, sino que, por persistente, por imperiosa que sea en su acción la energía cósmica de Enrollamiento, se encuentra intrínsecamente afectada, en sus efectos, por dos incertidumbres ligadas al doble juego: por debajo, de las probabilidades, y por arriba, de las libertades? Advirtamos, sin embargo, que, en el caso de conjuntos muy grandes (tales como, precisamente, el representado por la masa humana), el proceso tiende a «infalibilizarse», las probabilidades de éxito crecen por el lado del azar y las probabilidades de repulsa y de error disminuyen por el lado de las libertades con la multiplicación de los elementos comprometidos (6).

b) Por lo que se refiere al valor del Espíritu, observo que, desde el punto de vista fenoménico, en el que sistemáticamente me encierro, Materia y Espíritu no se presentan como «cosas», como «naturalezas», sino como simples variables conjugadas, de las que se trata de determinar, no la esencia secreta, sino la curva en función del Espacio y del Tiempo. Y recuerdo que, en ese nivel de reflexión, la «consciencia» se presenta, y así pide que se la trate, no como una especie de entidad particular y subsistente, sino como un «efecto», como el «efecto específico» de la Complejidad.

Ahora bien: dentro de estos mismos límites, por modestos que sean, me parece que la experiencia proporciona algo muy importante en favor de las especulaciones de la metafísica.

Por una parte, en efecto, una vez admitida la transposición anteriormente señalada de la noción de Consciencia, nada nos impide ya (al contrario)-lo hemos visto-prolongar hacia abajo, en la dirección de las complejidades débiles, de forma invisible, el espectro del «interior de las cosas», lo que quiere decir que el «psiquismo» se manifiesta como subtendiendo, en diversos grados de concentración, la totalidad del Fenómeno.

- 5) Como, por ejemplo, las de que nada podría detener al Hombre en su marcha hacia la unificación social, hacia el desarrollo (liberador para el espíritu) de la máquina y de los automatismo, hacia el «ensayarlo todo» y «pensarlo todo» hasta el final.
- 6) Para un creyente cristiano es interesante advertir que el éxito final de la Hominización (y consiguientemente del Enrollamiento cósmico) está positivamente garantizado por la «virtud resucitadora» del Dios encarnado en su creación. Pero aquí nos hemos salido ya del plano del fenómeno.

Y por otra parte, seguido hacia lo alto, en la dirección de los complejos muy grandes, ese mismo «psiquismo» manifiesta, a partir del momento en que se nos hace perceptible en los seres y en relación a su matriz de «Complejidad», una tendencia creciente al predominio y a la autonomía. Se diría que, en los orígenes de la Vida, es el foco de ordenación (F1) el que, en cada elemento individual, engendra y controla su foco conjugado de consciencia (F2). Pero más arriba tenemos que el equilibrio se deshace. En primer lugar, a partir del «paso individual de la reflexión» (¡si no ya antes!), F2 comienza claramente a apropiarse (por «invención») los progresos de F3 Y después, más arriba todavía, es decir, en las proximidades (supuestas) de la Reflexión colectiva, ve aquí que F2 parece disociarse de su cuadro temporo-espacial, para combinarse con el foco universal y supremo Omega. ¡Tras la emergencia, la emersión! Dentro de las perspectivas del Enrollamiento cósmico no sólo sucede que la Consciencia se hace coextensiva al Universo, sino que el Universo se equilibra y adquiere consistencia, en forma de Pensamiento, sobre un polo de interiorización suprema.

¿Qué mejor soporte experimental que éste para fundamentar metafísicamente la primacía del Espíritu?

c) Y, finalmente, para terminar, para terminar de una vez, con los temores de «panteísmo» continuamente puestos en juego por algunos mantenedores del espiritualismo tradicional frente a la Evolución, ¿cómo no ver que, en el caso del *Universo convergente*, tal como yo le he presentado, lejos de nacer de la fusión y de la confusión de los centros elementales que acumula, el Centro Universal de unificación (precisamente para cumplir con su función motora, colectiva y estabilizante) debe concebirse como preexistente y trascendente? «Panteísmo» muy real, si se quiere (en el sentido etimológico de la palabra), pero panteísmo absolutamente legítimo, puesto que si, en fin de cuentas, los centros reflexivos del Mundo no constituyen realmente más que una «unidad con Dios», este estado se consigue, no por identificación (Dios convirtiéndose en todo), sino por acción diferenciante y comunicante del amor (Dios todo *en todos*), lo cual es esencialmente ortodoxo y cristiano.

APENDICE

ALGUNAS CONSIDERACIONES ACERCA DEL LUGAR Y LA PARTE QUE CORRESPONDE AL MAL EN UN MUNDO EN EVOLUCION

En el curso de los largos desarrollos que preceden es posible que una determinada particularidad haya intrigado o incluso haya escandalizado al lector. En ningún lugar, si no me equivoco, la palabra «dolor» o la de «pecado» fue pronunciada. Así, pues, desde el ángulo en que me he situado, el Mal y su problema, ¿se evaporarían o no contarían ya en la estructura del Mundo? Y si ello es así, ¿no se nos habrá presentado un cuadro simplificado o incluso trucado del Universo?

Mi respuesta a este reproche, tan a menudo expresado, de optimismo ingenuo o exagerado (o si se quiere, mi excusa) es la de que, dedicado en esta obra al solo designio de destacar la *esencia positiva* del proceso biológico de hominización, no he creído necesario (por razones de claridad y de simplicidad) presentar el negativo de la imagen que estaba proyectando. ¿De qué me hubiera servido llamar la atención sobre las sombras del paisaje o insistir respecto de la profundidad de los abismos que se abren entre las cimas? Estos y aquéllos, ¿no eran ya bastante evidentes? Sin embargo, lo que no, llegué a decir, consideré que se veía ya. Y ello por el hecho de que nada hubiera sido comprendido en relación con la visión aquí propuesta si sólo se hubiera buscado en ella una especie de idilio humano en lugar del drama, cósmico que he querido evocar.

Sin embargo, objetáis, el Mal, por así decir, no ha sido citado en mi libro. De una manera explícita, quizá sea verdad. Pero, en cambio, este mismo Mal precisamente, ¿no viene a salir, de manera inevitable, por todos los poros, por todas las juntas, por todas las articulaciones del sistema en el que me he colocado?

Mal de desorden y de fracaso, en primer lugar. Hasta en sus zonas reflexivas, ya lo hemos visto, el Mundo procede a golpe de probabilidades, por tanteo. Ahora bien: por este mismo hecho, incluso dentro del dominio humano (en el cual, no obstante, el azar está mejor controlado), cuántos fallos para un éxito, cuántas miserias para una alegría, cuántos pecados para un solo santo... Simple ordenación interior o desarreglo físico, en primer lugar, al nivel de la Materia; pero inmediatamente, dolor incrustado dentro de la Carne sensible, y más arriba aún, maldad o tortura del Espíritu que analiza y escoge; estadísticamente, en todos los grados de la Evolución, siempre y por todo lugar, el Mal se forma y se vuelve a formar, implacablemente, en nosotros y a nuestro alrededor. *Necessarium est ut scandala eveniant*. Así lo exige, sin apelación posible, el juego de los grandes números en el seno de una Multitud en vías de organización.

Mal de descomposición, después: simple forma del precedente, en el sentido de que enfermedad y corrupción siempre proceden de un azar desgraciado; sin embargo, forma agravada y doblemente fatal, nos es necesario añadir, en la medida que, para el viviente, el hecho de morir se ha convertido en la condición regular, indispensable, del reemplazo de los individuos, unos por otros, siguiendo el mismo phylum: la muerte, engranaje esencial del mecanismo y de la ascensión de la Vida.

Mal de soledad y de angustia, también: la gran ansiedad (muy propia del Hombre) de una conciencia que se despierta a la reflexión en un Universo oscuro, en el que la luz necesita siglos y siglos para llegarle, un Universo que todavía no alcanzamos a comprender, ni a saber qué es lo que nos pide...

Y, finalmente, quizá lo menos trágico (dado que sirve para exaltarnos), aunque no lo menos real: *Mal de Crecimiento*, por medio del cual se expresa en nosotros, con las angustias de un parto, la ley misteriosa que, desde el más humilde quimismo hasta las más altas síntesis del espíritu, se hace traducir, en términos de trabajo y de esfuerzo, cualquier progreso en la dirección de una mayor unidad.

De verdad, si se observa la marcha del Mundo desde este sesgo que es, no ya el de sus riesgos, sino el de sus riesgos y esfuerzo que exige, uno se da cuenta en seguida de que, bajo el velo de seguridad y de armonía con el cual se cubre, vista desde muy arriba, la Ascensión humana, existe un tipo particular de Cosmos en el cual se descubre que el Mal (no ya por accidente -lo que sería peor-, sino por la estructura misma del sistema) aparece, necesariamente y en cantidad y peso tan grandes como se quiera, en el edifi-

cio de la Evolución. Universo que se enrolla -decía yo-, Universo que se interioriza, pero también, y a consecuencia del mismo) movimiento, Universo que pena, Universo que poca, Universo que sufre... Ordenación y Centración: doble operación conjugada. que, semejante a la ascensión de un pico o a la conquista del aire, no puede efectuarse de manera objetiva más que si se paga rigurosamente, por causa de unas razones y de unas tasas tales que, sí fuéramos aptos para conocerlos, habríamos con ello penetrado en el secreto del mundo en que vivimos.

Dolores y faltas, lágrimas y sangre: tantos subproductos (a menudo preciosos, por otra parte, y aun reutilizables) engendrados en ruta por la Noogénesis. He aquí, pues, en fin de cuentas, aquello que en un primer tiempo de observación y de reflexión nos revela el espectáculo del Mundo en movimiento. Pero esto, ¿es ya verdaderamente todo, y no existirá todavía algo por ver? Es decir, ¿será absolutamente cierto, que, a una mirada advertida y sensibilizada por otra luz que no sea la de la pura ciencia, la cantidad y la malicia del Mal *hic et nunc* extendido por el Mundo refleje un cierto exceso, inexplicable por nuestra razón, a no ser que al efecto, normal de Evolución se aliada el *efecto extraordinario* de alguna catástrofe o desviación primordial?...

En este terreno debo decir lealmente que no me hallo, capacitado, y, por otra parte, tampoco es éste el lugar, para tomar un partido. Existe algo, sin embargo, que me parece claro, una cosa suficiente de manera provisional para aconsejar a todos los espíritus: y es la de observar que, en este caso (exactamente como el de la «creación» del alma humana, véase pág. 205 del libro, nota 3), cualquier libertad está ya no sólo permitida, sino ofrecida por el Fenómeno a la Teología, por lo que se refiere a precisar y a completar en profundidad (si a ella se cree conducida) los datos y sugerencias-siempre ambiguos más allá de un cierto punto-proporcionados por la experiencia.

De cualquier manera que sea, queda el hecho de que, incluso a la mirada de un simple biólogo, nada se parece tanto a un camino de la Cruz como la epopeya humana.

Roma, 28 de octubre de 1948.

P. Teilhard de Chardin